¿HA MUERTO LA IZQUIERDA?

FÉLIX OVEJERO

¿HA MUERTO LA IZQUIERDA?

REFUTACIONES Y CONJETURAS

PÁGINA INDÓMITA

© Félix Ovejero, 2027
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: Karl Marx,
por Eugenio Hansen, OFS (CC BY-SA 4.0)
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: enero de 2027

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-992030-5-9
Depósito legal: C-1850-2026

A la memoria de Manuel Sacristán, mi maestro.
Él me enseñó a pensar, a pensar en serio.
Y a no mentirme. También cuando se trataba
del socialismo. Porque ninguna causa,
por noble que sea, justifica renunciar a la verdad.

Podemos aprender de nuestros errores.
Karl R. Popper, *Conjeturas y refutaciones*

Construir el futuro y resolverlo todo
para siempre no es asunto nuestro.
Karl Marx, carta a Arnold Ruge

ÍNDICE

Prefacio 13

¿Ha muerto la izquierda? Refutaciones y conjeturas 29

La izquierda derrotada 31
La crisis no es solo de la izquierda 36
Primer diagnóstico: el fracaso electoral 42
Segundo diagnóstico: la desaparición de un mundo 48
Tercer diagnóstico: la desaparición del sujeto revolucionario 52
Cuarto diagnóstico: el fracaso de la planificación 56
La enojosa identidad 64
Los retos institucionales: modelos socialistas 69
El reto procedimental: la política del trinquete 84
Valoración final 95

Epílogo 101

Bibliografía 121

Índice onomástico 129

PREFACIO[1]

El prólogo y la edad conceden ciertas licencias para la indecorosa exhibición de la primera persona. Así que aquí va una parte de mi biografía, seguramente la menos importante: la política.

El 7 de junio de 2005 se presentó en Barcelona el manifiesto «Por la creación de un nuevo partido político en Cataluña», que dio origen a Ciudadanos. Esta formación no tardó en verse calificada de «falangista» o de «extrema derecha», adscripción que años después sería sustituida por otra bastante más inane: partido de «centro» —aunque, como toda estupidez es siempre susceptible de mejora, no tardaría en llegar la de «partido bisagra»—. El caso es que entre los firmantes del manifiesto estaba el autor de estas líneas, servidor. Para no pocos, incluida la Wikipedia, aquel día vine al mundo políticamente. No parecía importar que por entonces hubiera cumplido 47

1. Algunos pasajes y secciones de este volumen tenían originalmente una extensión que desequilibraba el conjunto. Para la labor de síntesis, me he servido en algunos momentos de herramientas de inteligencia artificial. *(N. del A.)*

años y ya tuviera publicados varios libros de filosofía política, teoría social y socialismo democrático, ni que colaborara en *El País* con artículos dedicados casi siempre a reconsiderar el comatoso estado de la izquierda. Naturalmente, nadie tenía que estar atento a unos libros fundamentalmente académicos o a artículos de publicación irregular, y, por eso, no sería extraño que a quien solo conozca aquella partida de nacimiento le sorprenda un libro como este, buena parte del cual es una reivindicación de la tradición socialista.

Lo cierto es que las razones que me llevaron a firmar aquel manifiesto no eran ajenas a mi concepción del socialismo. Las mías, que no eran las de otros firmantes. Cada cual tenía las suyas. Unos pueden ser veganos por razones éticas, otros, por razones religiosas, y los de más allá, por razones dietéticas. Algo parecido sucedió con aquel manifiesto de 2005, aunque, eso sí, todos participábamos de una parecida sensibilidad liberal, política antes que psicológica. Por eso, también, los firmantes no creamos un partido, sino que optamos por «reclamar la existencia de un partido político». Perfilar el ideario quedó ya en otras manos. Nosotros dibujamos un perímetro mínimo. Solo eso. Y a mi parecer, de aquella indefinición original surgieron muchos de los problemas que, andando el tiempo, se encontró aquel apasionante proyecto. Algo parecido ocurre cuando se convoca a hacer deporte sin precisar cuál: uno llega con un balón; otro, con una raqueta, y un tercero, en bañador. Y, claro,

así no hay manera. Pero esa es una historia que queda para mejor ocasión.

Decía que mis razones para firmar el manifiesto eran socialistas. Para aligerar tan campanuda afirmación, las precisaré. Una primera era circunstancial, pero seria, muy seria: la decepción ante las políticas del tripartito de izquierdas que llegó al gobierno de la Generalitat catalana en el invierno de 2003. Tampoco es que yo hubiera depositado grandes esperanzas en él, pero cabía esperar que, tras veintitrés años de gobierno nacionalista, introdujera alguna rectificación. Sucedió más bien lo contrario: la supuesta alternativa al pujolismo acabó revelándose como una versión todavía más nacionalista de aquello que pretendía reemplazar. Con una estrategia acentuadamente identitaria, la de siempre en Cataluña, mostró no ser más que otra variante, más radical, de lo mismo. Para quienes esperaban una recuperación de las prioridades cívicas y sociales frente a las identitarias, no parecía haber esperanza: cambiaban los actores, pero no la política. Una situación que, a mi parecer, justificaba una suerte de nueva Platajunta: la degradación de la vida catalana reclamaba, ante todo, recuperar la higiene institucional. La atosigante política identitaria complicaba el ejercicio de las libertades y erosionaba la igualdad entre los ciudadanos. El tiempo, de la peor manera en octubre de 2017, confirmaría la calidad del diagnóstico, que hoy, me temo, habría que extender al conjunto de España. También la prescripción.

Había otra razón para firmar el manifiesto: la ausencia de un partido de izquierdas crítico con el nacionalismo. Quizá Ciudadanos, pensé, podía llegar a serlo. Existía, como se dice ahora, un hueco de mercado, un espacio político por cubrir. Un argumento, a qué negarlo, oportunista que, en rigor, no debería convencer a nadie moralmente decente: vendría a decir «defiende estas ideas no porque creas en ellas, sino porque te conviene». Algo así como la vieja apuesta de Pascal: como no sabemos si Dios existe, más vale apostar por que sí, porque, si acertamos, ganamos la eternidad y, si erramos, no perdemos mucho. Un cálculo impecable, salvo por un detalle decisivo: querer creer no es creer. Nadie puede creer en algo porque le convenga. Puede fingir la creencia, ensayar sus ritos, incluso desear tener fe; pero no puede, por pura prudencia, convertir una conveniencia en una convicción. No se decide amar, ni creer en Dios ni en el socialismo, por cálculo de conveniencia.

Claro que también sabemos que, de a poquito, los intereses emborronan las razones: conocemos lo bastante los mecanismos de la mente humana —disonancias cognitivas, preferencias adaptativas— como para saber que muchas veces acabamos creyendo lo que nos conviene creer. Que se lo pregunten, si no, a los políticos profesionales, siempre pendientes de las encuestas de opinión: pocos ejemplos tan nítidos de convicciones que se ajustan, sin que sus dueños lo adviertan, a lo que conviene creer en cada momento. Basta con que una creencia salga

rentable unas cuantas veces para que el cerebro la adopte como propia, del mismo modo y con la misma falta de reflexión con la que el perro de Pávlov aprendió a salivar.

En todo caso, que el argumento moralmente no sirviera no impedía que, como diagnóstico empírico en el que se sostenía, funcionara, y de qué manera: en España el problema estaba en la izquierda. La derecha no tiene alergia a la nación común. Y, además, por falta de sustancia o por lo que sea, va a remolque de la izquierda. De lo que sí carecemos es de una izquierda comprometida con una nación de ciudadanos libres e iguales. Y esa izquierda lo tenía fácil, entre otras razones porque la crítica al identitarismo tiene su mejor anclaje en la igualdad. Una igualdad que camina del mismo lado que la eficacia. El ejemplo de la sanidad es inmediato: si en los hospitales se exige a los médicos una lengua que no es la común, no obtendrán un puesto los mejores, sino, si acaso, los mejores entre quienes disponen de la «identidad propia» requerida, que son muchos menos; se discrimina a conciudadanos por razones arbitrarias, se atenta contra la igualdad y, además, se deteriora la calidad de los servicios. Si me permiten subir el tono: el nacionalismo, en este terreno, además de filtrar por criterios ajenos al mérito y despreciar la igualdad, también mata.

La última razón para firmar el manifiesto era que creía entonces, y sigo creyendo ahora, que la crítica de la izquierda al nacionalismo es la más seria y mejor articulada. El *Manifiesto comunista* lo dejó dicho en 1848:

«Los obreros no tienen patria». Una convicción repetida en la tumba de Marx: «Proletarios de todos los países, uníos». El nacionalismo es inseparable de la prioridad moral de los nuestros, de la tiranía del origen y de la mirada puesta en el pasado; y la izquierda, cuyo himno más célebre es *La Internacional*, proclama justamente lo contrario: «Del pasado hay que hacer añicos». Pocas líneas, me parece, iluminan tanto en tan poco espacio: no se limitan a mirar hacia delante, sino que exigen limpiar la mirada de las servidumbres que arrastramos sin haberlas elegido. Para decirlo con una palabra: emancipación. A mostrar esa incompatibilidad entre izquierda y nacionalismo he dedicado no menos de cinco libros y bastantes años. Demasiados esfuerzos para un empeño intelectualmente poco meritorio. No han sido los quehaceres más estimulantes. Pero no quedaba otra: el nacionalismo es, seguramente, la ideología más estúpida de las que circulan, pero también la más peligrosa.

En realidad, mi preocupación venía de lejos. Tenía que ver con lo que se ha denominado izquierda *woke,* y surgió en 1991, durante mi estancia de un año en la Universidad de Chicago. Allí, las noches de los viernes nos reuníamos en casa de Russell Hardin —magnífico filósofo y mejor persona—, en lo que llamábamos el *Wine Seminar,* para discutir nuestros trabajos o los ajenos. En febrero de aquel año, al poco de llegar yo, en mitad de un debate —creo recordar que a propósito de la disputa entre Alexandre Kojève y Leo Strauss— em-

pezó a circular la expresión *«PC».* Dado mi precario inglés en aquellos primeros meses —no crean que ha mejorado mucho—, di por sentado que *«PC»* era *«Personal Computer»,* así que, dado el tema de la conversación, no entendí nada. Lo entendí dos semanas más tarde, al leer no sé dónde *«political correctness»* —corrección política—; claro que, para entonces, ya no estaba a tiempo de corregir mi imagen de español marciano o simplemente imbécil. Reputación de la que, sospecho, nunca acabé de librarme. En cualquier caso, aclarada íntimamente la confusión, comprendí bastantes más cosas que aquel debate. Aquello fue mi primer contacto directo, y temprano, con el mundo *woke* que tanta importancia ha tenido en la degradación de la izquierda.

A mi vuelta escribí un artículo en *Claves de Razón Práctica*, aquella magnífica y añorada revista dirigida por Javier Pradera y Fernando Savater, y que también contaba, en las imprescindibles tareas de coordinación, con Nuria Claver. Dicho artículo se titulaba «La izquierda posmoderna norteamericana», y creo que es el único en el que he acertado en una predicción política.[2] No solo anticipé lo que acabaría dañando a la izquierda, sino también la reacción visceral y peligrosa a aquel trastorno: Trump —anticipado entonces en un político millonario hoy olvidado, Ross Perot.

2. F. Ovejero, «La izquierda posmoderna norteamericana», *Claves de Razón Práctica,* n.º 45, 1994, pp. 75-78.